

como fin del plazo de la longanimidad divina el tiempo del séptimo rey, que era Tolomeo Fison; Gaza es llamada feliz, lo que indica que Jonatás no había devastado todavía su territorio; el Asia es tributaria de Roma, y allí sirven como esclavos muchos hijos del Asia. La amenaza del profeta consiste en que este estado de cosas cambiará en el estado contrario. Siguen después otros discursos amenazadores fragmentarios y uno hasta en forma de enigma apocalíptico, presentando en frases misteriosas la historia de las contiendas de sucesión de los Selúcidas desde Antíoco IV hasta Trifon; por manera que se atribuye con razón también esta sección de la colección a los primeros tiempos del sumo sacerdote y príncipe Simon. Lo mismo indica la mención que viene después, de la destrucción de Cartago y Corinto, que como se sabe fueron conquistadas por los romanos en el año 146 antes de nuestra era. A este discurso sigue otro dirigido contra la Grecia, es decir, contra el mundo macedonio-griego en general. Este discurso también presenta el mismo carácter fragmentario y predice a la Grecia toda clase de miserias, en particular las causadas por las guerras y al parecer por la opresión de Roma. También ha de venir un rey de Asia que reinando Tolomeo Fison ha de destruir el imperio egipcio, y después de esto empezará el reino mesiánico; Grecia reconocerá entonces la necedad del culto practicado durante quince siglos y sacrificará en el altar grande de Jerusalén, decidiéndose a vivir en adelante según manda el Dios supremo. En este discurso se expresa la idea, ya común desde Ezequiel, de que las naciones del mundo al ver la paz, prosperidad y dicha que habrá dado a su pueblo el Mesías (que será un rey venido del Oriente), se conjuran y marchan contra el pueblo de Dios; pero Dios hace un terrible destrozo entre los enemigos y acaba con su soberbia delante de las puertas de Jerusalén. El pueblo de Dios gozará desde entonces en adelante de una paz perdurable y las demás naciones enviarán diputaciones a Jerusalén para adoptar la ley de Israel.

Estas profecías son, en todo caso, una prueba de que la literatura profética continuó tan viva y activa en la época de los Asmoneos como antes, y además, de que las esperanzas del pueblo judío habían tomado un vuelo vigorosísimo con el restablecimiento de la existencia nacional. Lo notable es que estos escritos proféticos no van dirigidos únicamente al pueblo judío, sino también y principalmente al mundo griego. Grandes trozos hay en estos escritos que están dictados por el deseo de manifestar a los paganos con toda claridad lo irracional del paganismo y lo racional de una religión monoteísta. A este objeto se dirigen particularmente dos trozos que sin duda alguna pertenecen al libro tercero, pero que han sido separados de él y figuran hoy entre los fragmentos que en nuestras ediciones se hallan en su mayor parte colocados al principio. En ellos se encuentra un pasaje que expresa con una precisión semejante a la usada en el Corán la eternidad y la naturaleza de Dios, Sér completamente distinto de todo lo creado: «A él, al Dios único adorado como señor del universo; a él que existe eternamente, que ha existido desde la eternidad, que engendrado de sí mismo no ha nacido y que todo lo domina.»

Contra el politeísmo, especialmente el egipcio, dice otro pasaje: «Adorais serpientes, perros y gatos; venerais, oh necios, aves y reptiles; imágenes hechas de piedra y de manos del hombre; piedras formando montones junto a los caminos, esto es lo que venerais.»

Algo semejante se encuentra ya en el Deutero-Isaías cuando trata de convertir a Ciro de su religión patria dualista al monoteísmo judío; solo que en el libro del Deutero-Isaías éste quiere convencer a Ciro de la verdad de la fe judía para

que deje regresar al pueblo judío a su patria, cuando en el escrito sibilino el objeto del autor es la conversión de los paganos en general, porque a todo el mundo pagano dirige su discurso y sus exhortaciones, y no a un rey u otro personaje pagano en particular. Lo que choca en estas profecías sibilinas es que no mencionan ni con una palabra la confianza en Dios, y que se reducen a convencer a los paganos de la unidad de Dios y a hacer resaltar la superioridad moral de la vida del pueblo judío comparada con las costumbres paganas. La confianza en Dios, que es la condición fundamental de la vida religiosa del pueblo de Israel, no habría sido inteligible para los paganos, porque si el israelita confía en Dios, es porque forma parte del pueblo que Dios ha elegido para sí; solo a su pueblo ha jurado Dios ser fiel, y solo perteneciendo al pueblo de Israel se debe tener confianza en Dios. El pagano, para poder tener confianza en Dios, debía precisamente ingresar en la comunidad israelita; y como los autores de los libros sibilinos debieron de juzgar inútil hacer semejante proposición a los gentiles, prefirieron no tocar siquiera el punto de la confianza en Dios. A esto se agregaba que los judíos se habían ido acostumbrando desde Esdras a mirar la religión como equivalente al cumplimiento de los preceptos religiosos de la ley, cumplimiento necesario para salvarse, quedando así medio borrada la idea antigua de los israelitas de la fidelidad inquebrantable de Jehova, que es la base de la confianza del pueblo israelita en Dios. Esto fué lo que dió el color pálido a los sermones sibilíticos, particularmente a los más antiguos, dirigidos al mundo pagano; pero es seguro que entonces ya dieron resultado estos sermones filosóficos y religiosos, que eran perfectamente del gusto de los paganos ilustrados de aquella época, aunque no existan datos precisos sobre el resultado de tal propaganda religiosa israelita.

La única obra que nos falta examinar aquí, y cuyo valor religioso excede al de todas las obras literarias judías producidas durante el período que tratamos y que hemos citado aquí, es la llamada: «La Sabiduría de Salomón.» Este libro tiene de común con las profecías sibilíticas que combate el culto idólatra de los paganos, pero en esto profundiza más que los escritos sibilíticos, porque atiende al origen mismo del culto pagano. El autor ve este origen en la veneración de las imágenes de los difuntos y de los reyes, y en la ambición de los artistas. De este extravío del conocimiento de Dios se originan los extravíos morales del paganismo. En otro pasaje dice que la belleza de las criaturas de Dios fué causa de que se adorara su figura exterior, cuando por el contrario debería excitar la admiración e inclinar los corazones a adorar al Creador. En la descripción de la necedad de adorar objetos inanimados e inferiores al hombre, el libro de la Sabiduría sigue completamente a Deutero-Isaías. El rey Salomón se dirige expresamente a los jueces de la tierra, a los reyes que están elevados sobre las masas paganas, y aunque el libro no lo dice expresamente, deja entrever que es el rey Salomón quien habla, y si el autor no lo nombra es que en toda su obra observa la misma costumbre de no nombrar personajes bíblicos, pues así refiere también la historia de los patriarcas y la de los israelitas hasta Moisés. Esta costumbre supone en el lector el conocimiento de la historia sagrada, que sin embargo no podía exigirse de los potentados paganos a los cuales el autor se dirige. Por eso es de presumir que este libro debió de encontrar desde luego sus lectores, mas entre los judíos ilustrados, que entre los paganos.

Fácil es ahora determinar el carácter general del libro. A semejanza del Eclesiastes, el de la Sabiduría se mantiene poco mas o menos en la esfera media entre el discurso profético y la disertación filosófica. Su afinidad con la literatura judía de los Proverbios se limita a los trozos filosóficos edificantes

que se encuentran interpolados (sin tener nada de proverbios) en los Proverbios y en el libro de Jesús ben Sirac; y también es la misma en estas obras y en la de la Sabiduría la idea fundamental de la sabiduría divina. El Libro de la Sabiduría no es en el fondo mas que una excitación a la adquisición de esta sabiduría divina, que enseña al hombre a conocer y usar bien las cosas del mundo; ella es la directora del universo, ella es la omnipresente y la omnisciente; «ella es el hábito de la fuerza de Dios; ella es la emanación pura de la magnificencia del Todopoderoso; ella es la irradiación de la luz eterna, espejo sin mancha de la eficacia de Dios, e imagen de su bondad.» «Ella todo lo puede; ella abre morada en las almas santas, hace a los hombres queridos de Dios y de los profetas, pues Dios ama solo a los que cohabitan con la sabiduría; «ella dispone todas las cosas bien.» La sabiduría vive unida a Dios, porque ella está iniciada en la ciencia de Dios y elige (para hacerlas) sus obras (las que gustan a Dios). Ella da al hombre honores, gloria, fama imperecedera e influencia; ella es la compañera que está sentada en el trono de Dios; ella dirige los destinos de los pueblos. En un pasaje del libro es la palabra todopoderosa de Dios que dirige los destinos de las naciones, y esta palabra todopoderosa figura como un poder independiente, bien que a la vez como emanación de Dios.

El enaltecimiento de la sabiduría divina en los libros citados, los Proverbios, el de Jesús ben Sirac y el de la Sabiduría, se funda evidentemente en la convicción de la perfecta y constante adaptación de las cosas creadas a su objeto, de donde nace la necesidad de usar las cosas conforme al fin para que están creadas y de vivir también nosotros mismos conforme al objeto a que estamos destinados. Esto es el natural desenvolvimiento de la idea israelita de la santidad de Dios; solo que esta idea como casi todas las otras ideas nuevas que aparecen en la historia religiosa israelita en el tiempo de que hablamos, no nació sino por efecto de la influencia de la civilización griega. Es doctrina griega, y en particular estoica, que todo lo creado tiene su razón de ser y que el hombre racional debe vivir conforme a la razón de las cosas. Sin temor de exagerar se puede decir que el genio israelita original, al apreciar y admirar la naturaleza, lo había hecho siempre atendiendo únicamente a fines espirituales; y si en los escritos que aquí nos ocupan se mira la naturaleza también de otra manera, si se repara en la belleza y construcción apropiada del mundo animal y vegetal, etc., es evidente la influencia de conceptos griegos en el modo israelita de pensar; pero la admisión de estos conceptos no habría sido posible sin la transformación que la religión judaica había sufrido desde Esdras. Mientras Jehova era el Dios especial del pueblo de Israel, casi no había motivo para meditar sobre su relación con la naturaleza; pero desde que se le hubo comprendido como Dios que rige los destinos del individuo, quedó ensanchada su actividad y extendida a toda la creación, y desde entonces era natural que las meditaciones religiosas se extendiesen con mas atención a la naturaleza.

Hay todavía otro punto de esta nueva dirección de las ideas religiosas que conviene examinar. La idea de la sabiduría manifestada en el mundo entero, se halla en los Proverbios y en el Libro de la Sabiduría sujeta a la idea de Dios. Dios ha ordenado todas las cosas sabiamente, y el hombre solo es sabio en cuanto somete su voluntad a las intenciones de Dios; pero hay que reconocer que este modo de pensar debía adquirir un aspecto muy distinto luego que la contemplación de la naturaleza se sobrepusiera al sentimiento de la dependencia de Dios. Fué un paso pequeño, pero muy trascendental, la convicción de que la sabiduría divina, en el mundo y en su gobierno, no dirigía los pensamientos del

hombre directa y exclusivamente al Creador, cuando la contemplación de la manifestación divina en sus obras apartó los pensamientos del hombre de la figura de Dios superior al universo. El mundo judío egipcio, ó mejor dicho alejandrino, dió en efecto mas adelante este paso por medio de su representante mas notable.

Si el Libro de la Sabiduría de Salomón tiene cierta afinidad bajo este concepto con el estoicismo, del cual hasta se apropia algunas frases, por otra parte toma, con el Seudo-Focílides, de la filosofía platónica la idea de la inmortalidad; porque no solo está patente en todo el libro la idea de que la persona que cumple los preceptos de la sabiduría participa de la existencia perdurable, sino que en un pasaje se dice: «La perdurabilidad acerca a Dios.» En lugar de la doctrina de la resurrección, corriente en Palestina desde los Macabeos, se manifiesta en el libro de la Sabiduría la idea de una vida bienaventurada en el otro mundo, si bien está enlazada, como todas las del libro, con los conceptos bíblicos: «Dios creó al hombre para la inmortalidad y le hizo a su imagen y semejanza; por la envidia de Satanás entró la muerte en el mundo, y la muerte toca al que pertenece a la herencia de Satanás.» De paso diremos que la iglesia cristiana antigua basó su parte dogmática esencialmente sobre los conceptos expresados aquí por primera vez. La forma fundamental de esta parte dogmática es: «¿Cómo puede ser restituida al hombre la inmortalidad innata, propia de su semejanza con Dios y que perdió por el engaño de Satanás y el pecado original?» También se encuentra en el libro de la Sabiduría el rudimento de la contestación a esta pregunta, contestación fijada mas adelante dogmáticamente, a saber: por medio de la sabiduría divina, extendida por Dios mismo sobre el mundo.

La ojeada que hemos dirigido a las producciones intelectuales del período que acabamos de repasar, demuestra que no se puede trazar una divisoria perfecta entre el mundo judío genuino y el grecificado, porque hasta en este período de reacción religiosa continuó el espíritu griego siendo en Palestina la fuerza impulsiva preponderante, de la cual podía librarse alguna manifestación de la vida judía, pero cuyo espíritu dominaba siempre interiormente. El pueblo judío conservó su religión en medio del mundo griego; pero sus ideas religiosas debieron a este mundo una transformación tan grande, que a ella se debe en gran parte que la religión del pueblo judío llegara a ser la de los pueblos indo-europeos.

CAPITULO IV

LA CAIDA DE LOS ASMONEOS Y HERODES EL GRANDE

1. La contienda de sucesión después de la muerte de Alejandra y la intervención de Pompeyo.

Al morir Alejandra Salomé, en el año 69 antes de J. C., su hijo menor, Aristóbulo, se había apoderado de un gran número de plazas fuertes, y su hermano, el sumo sacerdote Hircano II, al cual correspondió también la dignidad real, se vió en el caso de disputarla a Aristóbulo con las armas. El resultado de la lucha fué fácil de prever: el hermano menor era enérgico, decidido, entusiasta admirador del pasado glorioso de su familia y tenía de su parte a todos los que deseaban para su nación algo mejor que consumirse en el estrecho círculo de la observancia de las prescripciones de la ley judaica. Hircano II, en cambio, era discípulo obediente de los fariseos, que no soñaban en otra gloria mundana del pueblo de Israel mas que la prometida por Dios, y no querían emplear los medios intelectuales y materiales

para hacer del pueblo de Israel una gran nación. No estaban dispuestos a luchar con las armas para asegurar el poder real al sumo sacerdote, y así por lo pronto fué funesta para Hircano II la lucha armada, pues cuando los dos ejércitos se hallaron frente a frente en la llanura del Jordán, cerca de Jericó, los soldados de Hircano se pasaron a bandadas a las filas de Aristóbulo. Hircano huyó derrotado a Jerusalén, y allí se hizo fuerte, después de acorralar a los que le eran contrarios en la plaza delante del templo, donde los hizo prisioneros. Entre estos se halló la familia de Aristóbulo, a la cual la madre de los dos hermanos había detenido en la ciudad. Para salvar a estos prisioneros, Aristóbulo, a pesar de su victoria, tuvo que otorgar condiciones de paz muy generosas a su hermano, el cual, no obstante, se vió obligado a renunciar a ambas dignidades, la real y la de sumo sacerdote.

Con la subida de Aristóbulo al trono cambió la marcha del gobierno, y todo presagiaba que se iba a volver a los tiempos de Aristóbulo I y de Alejandro Janeo. Los notables relegados bajo el gobierno de Alejandra a las fortalezas de la frontera, regresaron a Jerusalén, y se disminuyó la preponderancia del elemento religioso. De aquí nacieron dos clases de descontentos: los jefes del partido fariseo, que se vieron relegados con su ley a una esfera secundaria, y los jefes de las tropas extranjeras tomadas a sueldo por Alejandra para que los judíos no faltaran a los preceptos de su ley al cumplir sus obligaciones militares. Estos jefes extranjeros vieron con pena que se escapaban de sus manos el mando y la influencia desde que los antiguos jefes saduceos volvían a ocupar sus puestos anteriores en la fuerza armada y en el gobierno. Entre los descontentos había un jefe llamado Antípatro, de origen idumeo, cuyo padre había sido empleado ya por Alejandro Janeo y después por Alejandra como administrador de la Idumea, y en este puesto había sabido granjearse la amistad de los pueblos vecinos al Este y Sur, los árabes, la gente de Gaza y la de Ascalón. La caída de Hircano II fué un rudo golpe para el joven y ambicioso Antípatro y no es de admirar que hiciera lo posible por restablecer a Hircano en el poder. Con este objeto negoció una inteligencia entre Aretas, el rey de los árabes, é Hircano II, é indujo a éste a huir de Jerusalén y refugiarse cerca del rey árabe. Aretas estaba dispuesto a restablecer por la fuerza a Hircano II en su trono, pero antes de emprender nada, Hircano tuvo que prometerle la restitución de doce ciudades que Alejandro Janeo había quitado a los árabes.

Convenido esto, marchó Aretas contra Aristóbulo, a quien derrotó y cercó después en Jerusalén. Aristóbulo, viendo que sus partidarios le abandonaban unos tras otros, se vió precisado a solicitar el auxilio extranjero. Quiso el destino que cabalmente llegara entonces a Damasco el legado romano Escauro con una comisión de Pompeyo, que a la sazón operaba en Armenia contra Tigranes. Aristóbulo envió mensajeros a Escauro para pedir el auxilio de Roma como rey legítimo de un pueblo aliado, bien que este auxilio había sido solicitado otras veces sin haberse logrado jamás. Al propio tiempo se presentaron también mensajeros de Hircano y de Aretas, que trataron de probar que el rey legítimo del pueblo judío era Hircano, el cual por la misma razón solicitaba el auxilio de Roma contra su hermano. Sin entrar en la cuestión de derecho pareció a Escauro lo más político en el interés de Roma proteger a Aristóbulo, que dominaba en Jerusalén, con preferencia al débil Hircano, desechado por el pueblo y apoyado por los árabes. La victoria de Hircano habría significado la supremacía del reino árabe nabateo sobre la Palestina; y para Roma era preferible que Palestina, como

los países sirios, quedaran independientes hasta el momento en que el gran imperio romano tuviese por conveniente incorporárselos. Atendiendo a estas consideraciones intimó Escauro al rey árabe la orden rigurosa de renunciar a la conquista de Jerusalén, so pena de ser considerado en caso contrario como enemigo del pueblo romano.

Aretas obedeció y levantó el sitio de Jerusalén, perseguido por Aristóbulo, que le causó una tremenda derrota en su retirada, en la cual pereció un hermano de Antípatro. El botín que hizo Aristóbulo le indemnizó de la cantidad que probablemente pagó a los romanos, porque estos no acostumbraban a mezclarse gratis en asuntos ajenos. Mas cara todavía vino a resultar al rey judío la amistad romana. Pompeyo en persona iba acercándose al través de la Siria; y después de haber sometido ó destruido las pequeñas ciudades de Apamea, Lisias, Heliópolis, Calcis y Pella, se dirigió a Damasco, la cual le tuvo que abrir sus puertas. En el camino ya se le habían presentado tres embajadas judías diferentes: las de los dos hermanos que se disputaban el trono y una diputación enviada por un grupo judío para declarar a Pompeyo que los judíos no querían mas rey que a Dios, y que estaban acostumbrados a obedecer a los sacerdotes de este Dios y no a un rey terrenal. El embajador de Hircano era Antípatro y el de Aristóbulo, Nicodemus. A ambos contestó Pompeyo que, deseando conocer personalmente a los dos pretendientes, quería que se le presentasen. Hicieronlo así los dos hermanos y entre las razones que cada uno alegó en su favor y contra su rival sorprende la acusación de Hircano contra su hermano de haber éste favorecido la piratería. Esto aludía cierta y claramente a los esfuerzos de Pompeyo contra los piratas; pero no por esto parece una acusación del todo infundada y es muy posible y creíble que un pueblo tan codicioso como entonces lo era el judío, hubiese explotado también esta industria. Pompeyo, habiéndose enterado de todo, dijo que quería él mismo llegar a Jerusalén y dirimir allí la cuestión, pero que antes tenía que arreglarse con los nabateos. Es evidente que su intención era, como la de Escauro, evitar toda unión demasiado estrecha entre los nabateos y los judíos, y, hecho esto, satisfacer los deseos del tercer partido que pedía un sumo sacerdote pero que no quería rey. Así quedaría decidida la cuestión entre los dos hermanos rivales, porque para el cargo de sumo sacerdote el pretendiente más legítimo y más apto era Hircano II, cuya índole daba la seguridad de que por su parte no habría que temer disturbios de ninguna clase. No obstante, mostróse Pompeyo extraordinariamente amable con Aristóbulo II, a fin de que éste no sospechara su verdadera intención y se opusiera a su realización. Aristóbulo debió de sospecharla, porque habiendo Pompeyo expresado el deseo de que los dos hermanos permaneciesen hasta nueva orden en Damasco, Aristóbulo arreglóse de manera que pudo evadirse é internarse en la Judea. Con esto dió a conocer cuáles eran sus intenciones, y Pompeyo se apresuró a asegurarse las espaldas por la parte de los árabes. Pasando por Pella y el vado del Jordán cerca de Escitópolis (Bet-Sean) entró en el territorio de Judea, habiendo reforzado su ejército con tropas sirias. Llegó a Cariot (en griego Coreai), de donde era natural Judas el que vendió a Jesucristo, y que llevaba de su pueblo natal el sobrenombre de Iscariote. Allí estaba en un punto elevado el castillo fuerte de Alexandria, llamado así sin duda por haberlo hecho construir Alejandro Janeo. En este castillo se había refugiado y hecho fuerte Aristóbulo II, mientras su hermano Hircano II permanecía en el ejército de Pompeyo.

Después de mucho negociar, Aristóbulo, acosado por la necesidad, tuvo que dar entrada en su castillo a Pompeyo, y corrió a Jerusalén para salvar la capital y asegurarse su posesión.

Pompeyo marchó tras él, acampó cerca de Jericó, y desde allí por el Este se dirigió a Jerusalén. Aristóbulo prometió pagar un tributo y entregar la plaza; pero cuando se presentó Gabinio, en nombre de su general en jefe, no se le abrieron las puertas ni hubo tributo, y mientras tanto Aristóbulo se hallaba en el campamento romano negociando personalmente. Fué, pues, retenido preso y el general romano decidió tomar la ciudad por asalto. Este anuncio produjo en Jerusalén la discordia entre los fariseos y los partidarios de Aristóbulo; aquellos no querían combatir contra el sumo sacerdote legítimo que llegaba protegido por los romanos, en los cuales no veían enemigos sino defensores del derecho y del orden legal, sin contar que toda resistencia ponía en peligro vidas y haciendas. Todo esto disminuyó grandemente el número de los defensores de la patria, los cuales quedaron reducidos al templo y su territorio. Antes de empezar el asalto, abrió, pues, la ciudad sus puertas; pero los defensores habían destruido el puente sobre el valle de los Queseros (Tiropeon) que conducía al templo; por manera que solo quedó accesible el monte Sion por el lado Norte, punto bien fortificado con foso, muralla y torres. Pompeyo hizo cortar los árboles de los montes inmediatos para sus obras é ingenios de sitio, además de los que mandó llevar de Tiro. Con sus máquinas balísticas consiguió abrir brecha en la muralla, y aprovechando el sábado, en que los judíos no podían impedir trabajos que no fuesen ataques directos armados, hizo rellenar el foso. Así penetraron los enemigos en el templo. El autor judío que refiere este suceso atribuye a la observancia del sábado la ocupación del templo, como acabamos de decir. Esta observancia en el caso indicado era, como se ve, una concesión terrible que los Macabeos habían hecho en sus guerras a las exigencias de la ley religiosa, pero es otra prueba de la incompatibilidad de esta ley con la independencia nacional, a pesar de todo el valor y toda la actividad del pueblo judío.

Nuestro autor cita los nombres de los oficiales romanos que penetraron los primeros en el recinto sagrado: fueron Fausto Cornelio, el hijo de Sila, y los dos centuriones Furio y Fabio. Los romanos encontraron a los sacerdotes ocupados en los sacrificios, pues el autor dice expresamente que en medio de las tribulaciones del sitio se hicieron los sacrificios con toda regularidad, al amanecer y a las tres de la tarde. Tomada la plaza, cometió Pompeyo una falta que al parecer reconoció al instante y trató de enmendarla del mejor modo posible: es decir, que siendo pagano puso sus plantas en el espacio sagrado, si bien sin tocar nada de los utensilios sagrados ni llevarse nada del tesoro del templo. Al notar la falta que había cometido mandó en seguida purificar el sagrado sitio de la profanación sufrida y continuar los sacrificios prescritos por la ley. Confirmó a Hircano en el cargo de sumo sacerdote y entregó a los jefes saduceos al verdugo, que los decapitó. Con esto quedaron tan satisfechos los devotos, que apenas profirieron una palabra de reconvención por la profanación cometida por Pompeyo. Después, cuando se trabajó para preparar al pueblo judío a recibir una nueva dinastía, se echó la culpa de todo aquel infausto suceso a los reyes macabeos, que en sus discordias habían llamado al extranjero, lo cual, por lo demás, era verdad.

Peor que esta profanación de un instante y el consiguiente disgusto de las almas devotas, fué la ruina de la independencia y de otras conquistas nacionales de los judíos. Pompeyo declaró otra vez tributaria la ciudad de Jerusalén y su territorio y los agregó a la provincia de Siria conquistada y cuyo gobierno encargó al legado Escauro. Mas a esto no se limitó la desgracia. El gobierno romano solía dejar a los pueblos sometidos cierta autonomía interior, donde no ofrecía

peligro, pero no quería que esta autonomía se extendiera sobre un territorio muy dilatado, y por otra parte le gustaba hacer sus conquistas en són de libertador, pretexto que le había servido tan maravillosamente para la conquista de la península balcánica. La misma práctica empleó Pompeyo en la Judea, donde libertó del dominio judío a todas las ciudades que se habían gobernado antes independientemente a la manera griega, y las agregó, sin perjuicio de su autonomía, a la provincia de Siria con las cargas y gabelas correspondientes. Estas ciudades eran en el Norte del país del Jordán: Gadara, Hipos, Dion y Pelala; al Sur del lago de Genezaret, junto al vado del Jordán: Escitópolis; en el Oeste de la cuenca del Jordán: Samaria, Aretusa, lugar poco conocido, Marescha, al Sudoeste de Jerusalén; las ciudades marítimas Dora, Estratonice, Jafa y Jabne, y finalmente las ciudades filisteas Asdad y Gaza. La ocupación de las ciudades marítimas fué quizás una medida contra la piratería de los judíos. Pompeyo encargó la administración de la ciudad de Gadara a un libertado suyo llamado Demetrio, que era hijo de esta ciudad, sin perjuicio de la autoridad y derechos jurisdiccionales del gobernador general de Siria. En todas estas ciudades no tardó en manifestarse mucha actividad y vida, con carácter pagano en general. Algunas como Gadara y Gaza fueron reedificadas bajo los auspicios y la protección de Roma, y tan grande fué la alegría de las poblaciones libertadas del dominio judío, que muchas ciudades empezaron a contar desde aquel año una nueva era. Pompeyo dejó al cuidado del legado Escauro, encargado del gobierno de la provincia de Siria, la organización de lo demás, porque como general en jefe (*imperator*) tenía muchas provincias a cargo de sus legados; mientras las provincias que dependían directamente del Senado y de los cónsules, eran administradas por representantes, llamados procónsules, de estas autoridades supremas.

Arreglado todo de este modo, salió Pompeyo de Jerusalén y pasando por la Cilicia se dirigió a Roma para celebrar allí su triunfo, llevándose prisioneros a Aristóbulo II y sus cuatro hijos, dos varones y dos hembras. El mayor de los dos varones, llamado Alejandro, como su abuelo, logró evadirse, y el menor, llamado Antígono, tuvo que figurar con su padre y las dos hermanas en el triunfo de Pompeyo.

2. El gobierno de Escauro, Gabinio, Craso y Casio.

Escauro emprendió desde la Siria la campaña contra Aretas, campaña decidida por Pompeyo cuando la fuga de Aristóbulo II de Damasco le obligó a marchar contra éste y la Judea. Sin embargo, Escauro no fué afortunado, pues no pudo apoderarse de la antigua ciudad edomita de Sela (en griego Petra), capital del reino árabe, y después que sus tropas romanas hubieron saqueado todo el país, empezaron a escasear los víveres. Entonces tocó a Hircano la obligación de facilitar provisiones de boca al ejército romano, que estaba haciendo la guerra precisamente al árabe que para entronizar al mismo Hircano había marchado hacia poco tiempo contra Jerusalén. Cuando este recurso no bastó, y nada dió ya de sí el país saqueado, envió Escauro a Antípatro a negociar con su amigo el rey Aretas un arreglo que éste aceptó y que consistió en pagar 300 talentos para que los romanos evacuasen el país.

Poco tiempo después fué llamado Escauro de Siria y nombrado en su lugar Gabinio, que había estado en la toma de Jerusalén por Pompeyo, y que entonces residía en Roma, desde donde tuvo que pasar a Siria. Antes que Gabinio llegara se había formado un gran partido en Judea a favor del hijo mayor de Aristóbulo II, Alejandro, que había logrado